

Joan Guerrero, uno de los mejores representantes de la fotografía social de nuestro país, se ha jubilado a los 65 años, pero no ha colgado la cámara. Hace unos meses, una exposición en la Virreina rescató una selección de su obra con el título *Camino andado*, y en julio el Centre de Fotografia Documental de Barcelona le rindió un homenaje en el CCCB. En sus trabajos destaca un fuerte compromiso social impregnado de humanidad y de sensibilidad.

Joan Guerrero, el fotógrafo solidario



Ana Portnoy

TEXTO
Xavier Moret

● Nacido en Tarifa en 1940 y vecino de Santa Coloma de Gramenet desde hace más de cuarenta años, Guerrero decidió jubilarse hace poco pero, a juzgar por la gran actividad que ha desplegado desde que lo anunció, no cabe duda de que nunca abandonará su incorruptible vocación de fotógrafo, ya que es, por encima de todo, un fotógrafo vocacional que se ha forjado a sí mismo a golpe de lucha, de esfuerzo personal, de compromiso y de solidaridad. No lo ha tenido nada fácil, pero él, luchador y optimista como pocos, no es de los que se rinden fácilmente. Para emigrar a Cataluña, con la gran oleada de los años sesenta, tuvo que vender su primera cámara, una Voigtländer, aunque, como le gusta recordar, en Andalucía ya se había iniciado en el arte de la fotografía usando una caja de cerillas con la que jugaba a encuadrar la realidad.

Joan Guerrero ha trabajado para *El Periódico de Catalunya*, *Diario de Barcelona*, *El Observador* y, últimamente, *El País*, donde siempre ha destacado como un excelente compañero, dispuesto a ayudar a cualquiera y a ofrecer una pastilla Juanola al primero que pasara por su lado. No obstante, sus comienzos no fueron fáciles. Después de trabajar de peón en la carretera de la Arrabassada, y de pasar unos años en una fundición, empezó a colaborar con la combativa revista *Gramma*, fundada en

1969 en Santa Coloma de Gramenet. Al principio, en esta revista escribía crítica de cine por el impacto que le habían producido películas como *El ladrón de bicicletas*, de Vittorio de Sica, o *Los cuatrocientos golpes*, de François Truffaut, pero no tardó en ejercer de fotógrafo, especializándose en el reportaje social. En una ocasión dijo: “Pienso que la fotografía puede arañar el alma de la gente para que sea más solidaria”. Y así es, ya que en todas sus fotografías se puede ver, además de su compromiso, una sensibilidad única, un sentimiento poético que entronca con las obras de sus admirados Antonio Machado y Miguel Hernández.

Tanto en Santa Coloma como en el barrio de La Mina, en el Raval, en la

Galicia del Prestige o en la América Latina de los desamparados, el objetivo de Joan Guerrero sabe captar siempre la ternura, a veces oculta, de unas determinadas personas y la sensibilidad en unas situaciones en principio muy duras. Si le pides que elija una canción, seguro que se decide por *Lamento borincano* de Chavela Vargas, que cuenta la historia de un hombre que va a la ciudad cargado de ilusiones a vender cuatro cosas. Pero también le atrae el flamenco, Atahualpa Yupanqui, Serrat y cualquier letra que huela a solidaridad. A lo largo de su vida ha publicado libros como *Santa Coloma en el corazón*, *Imatge i paraula*, *Santa Coloma, entre la vida i la vida* y *El parc*. Su último trabajo le hace mucha ilusión: se trata de un libro, con textos de Pere Casaldàliga y contraportada firmada por el escritor Eduardo Galeano, en el que se recopilan sus fotos de América Latina, continente que visitó por primera vez en 1996. Es un libro comprometido, como todo lo que firma Joan Guerrero, que se sumará al proyecto solidario que desde hace tiempo mantiene en América Latina y que le llevó a impulsar *Imatge solidària*, una colección de láminas fotográficas que se venden para recaudar fondos para su querido Ecuador, país que tiene reservado un rincón en el inmenso corazón de Joan Guerrero.



Eva Guillamet